

pregúntale lo que debes hacer ó decir en tal ó cual caso; es mujer de *mucho mundo* y te ayudará á adquirirlo. Madama Berkenrode *est pètrie de grâces*, y puede muy bien aplicársele tu expresión. Me atrevo á decir que serás recibido en su casa tan á menudo como gustes, y te aconsejo que cenes con ella una vez á la semana.

Dices con sobrada razón que ahora que M. Harte va á separarse de ti, necesitas más consejos que nunca. Los míos no te faltarán, y son tantos los que has recibido, que muchas veces me acontecerá repetir en vez de aumentar los que ya te he enviado; esto será lo que tenga yo que hacer, añadiendo sin embargo, alguna cosa, según las circunstancias; por ahora sólo te recordaré los dos grandes objetos que no debes perder de vista: el parlamento y los negocios extranjeros. Por lo que toca al primero, nada puedes hacer mientras te halles fuera de este reino, sino tratar de adquirir un estilo puro, correcto y elegante, con una pronunciación clara y agradable sea cual fuere el idioma que hables. Los conocimientos parlamentarios correrán por mi cuenta cuando vuelvas aquí. Respecto á los negocios extranjeros todo lo que hagas en tus viajes debe tender á este objeto. Tu lectura debe principalmente contraerse á la historia; no hablo de la historia remota, obscura y fabulosa, ni mucho menos de la de los fósiles, minerales y plantas, sino de la historia política y de las constituciones de Europa durante los tres y medio últimos siglos. Otra cosa indispensable para los negocios extranjeros, y no menos necesaria por cierto que las letras antiguas y modernas, es el conocimiento del mundo, de los modales y del tono de la buena compañía. Con esta mira debes frecuentar lo más que puedas las mejores sociedades. Parece ridículo decirte, y sin embargo es muy cierto, que tu maestro de baile es actualmente el hombre más importante para ti. Es necesario que bailes bien, á fin de sentarte, tenerte en pie y andar como es debido. Convengo en que tus horas se hallan distribuidas entre tus ejercicios, tus lecturas y la asidua asistencia á las mejores sociedades; pero el día bien empleado basta para todo, y estoy seguro de que no perderás un solo instante. El vigor y la actividad son muy propios de tus años, como también la alegría y prontitud en ejecutar todas las cosas; la diferencia consiste en que un joven de capacidad, ejercita estas buenas disposiciones en solicitud de los objetos más preciosos, más sólidos y más cómodos para la vida; á la vez que un necio encogido ó un estúpido abandonado, desperdicia su fuerza y su juventud en futilidades

cuando es formal, ó en vicios degradantes cuando solicita placeres. Estoy seguro de que tal no sucederá contigo, tu buen sentido y buena conducta son para mí garantes de lo futuro. Con sólo que continúes en París del modo que has comenzado, llegarás á ser lo que he deseado, es decir, tan perfecto como puede permitirlo la naturaleza humana.

Á Dios, querido mío, recuerda escribirme una vez á la semana no como á un padre sino sin reserva como á un amigo.

LONDRES, 14 de Enero de 1751.

MI QUERIDO AMIGO.

Entre las muchas cosas buenas que M. Harte me ha dicho de ti hay dos que me procuran gran placer. Primera, que eres muy celoso de tu reputación, base sólida sobre la cual debes construir y elevarte. El carácter moral de un hombre es cosa más delicada que el honor de una mujer: uno ó dos deslices pueden perdonarse si se reparan después con una conducta inmaculada, pero el carácter moral de un hombre una vez tachado, es imposible quitar la mancha (a). La segunda es, que has adquirido conocimientos muy exactos y extensos de los negocios extranjeros, como la historia, los tratados y las formas de gobierno de las diferentes naciones de Europa. Esta clase de saber, muy descuidado aquí, te hará precioso en tu futuro destino y te llevará lejos. M. Harte agrega que te hacían falta algunos libros relativos á nuestras leyes, constitución, colonias y comercio, sobre cuyas materias sabes menos que de ningún otro país de Europa. Yo te enviaré libros que traten en compendio de estos asuntos; pero ahora no tienes bastante tiempo para profundizarlos, ni para engolfarte en nuevos *in folio*. Es necesario diferir este estudio hasta que regreses á mi lado; entonces examinaremos seriamente nuestra constitución y leeremos juntos las obras que tratan de ella. Entretanto continúa tus estudios sobre

(a) Ten sentido de tu fama
Y nunca te olvides de ella,
Que si es clara y no se infama,
La más excelente dama
Comparable no es con ella.

(ARANDA).

Tr.

los negocios extranjeros; conversa con los ministros y otras personas respetables, espía las transacciones de todas las cortes y trata de descubrir sus verdaderas miras.

Con el caudal de saber y de conocimientos útiles que has adquirido, y que por tu aplicación é industria aumentarás cada día, puedes prometerte un porvenir ilustre en el mundo; y si realzas estas riquezas con los modales, gracias etc., yo no sé á qué cosa no podrías aspirar con el tiempo. Tus esfuerzos en París deben dirigirse principalmente á adquirir el tono de la buena compañía, á ser urbano sin ceremonia, desembarazado sin negligencia, firme y seguro con modestia, agradable sin afectación, insinuante sin bajeza, alegre sin estrépito, franco sin indiscreción y reservado sin misterio; á conocer el tiempo y lugar á propósito para todas las cosas, y á ejecutarlas con aire de hombre de condición. Todo esto no se aprende tan fácilmente como algunos se imaginan, sino que demanda tiempo y observación. El mundo es un libro inmenso que exige mucho tiempo y mucho estudio. Tú no has leído todavía más que cuatro ó cinco páginas de este gran volumen, y por ahora apenas te queda tiempo para pasar de cuando en cuando los ojos por otros libros menos importantes.

LONDRES, 21 de Enero de 1751.

MI QUERIDO AMIGO.

En todas las cartas que recibo de París, tengo el placer de encontrar entre mil otras cosas buenas, unos elogios muy expresivos de tu docilidad, medio seguro para alcanzar lo único que te falta; quiero decir, aquellas pequenezas en verdad, pero muy necesarias. Como son cosas de costumbre y de moda, no es vergonzoso que las ignore un joven de tu edad, y el medio de aprenderlas más pronto es confesar ingenuamente que las ignoras, y consultar con los que las saben á fuerza de práctica y experiencia. El buen sentido y la buena índole sugieren naturalmente el uso de la cortesía; mas en el aire y maneras de la gente fina, hay mil delicadezas pequeñas que sólo reposan sobre la costumbre, y son las que distinguen al cortesano y al hombre de calidad, del vulgo. Diferentes personas me aseguran que has hecho muchos progresos; y uno de mis correspondientes te hace un cumplimiento verdaderamente francés: *J'ose vous promettre qu'il sera bientôt comme un de nous autres*. Aunque

este discurso parezca extraño en boca de un francés, me alegro que ellos mismos te lo apliquen; porque no sólo querría que siguieses las huellas de los sujetos más distinguidos, sino que rivalizases con ellos y adoptases los mejores usos y costumbres de cualquiera país en que pudieres hallarte; porque en esto consiste aquella versatilidad de maneras tan útil en el curso de la vida. Elige bien tus modelos en París, y trata de competir con ellos; allí hay palabras, frases y aun ademanes á la moda, que se llaman de *buen tono*, sin contar *ciertas ligeras señales de comedimiento que no son nada en sí mismas*, y que la moda ha hecho necesarias. Practica todas estas cosas hasta el punto de obligar á los franceses á que digan; *on le prendrait pour un Français*; y cuando fueres después á otras cortes, manéjate del mismo modo, conformándote con los mejores usos y maneras del lugar (a), lo cual no hacen los franceses; porque vayan por donde fueren llevan consigo sus modales, persuadidos de que son los mejores; mas aun concediendo que así sea, hacen mal de no conformarse con los del país en que se hallan. El deseo de agradar se siente en todas partes, y no hay lisonja más inocente que la de aprobar los gustos de las gentes y conformarse con ellos.

Espero que tus ejercicios con Marcel (b) marchan á medida del deseo; no desdeñes estas ridículas aunque importantes lecciones; pide á tu profesor que atienda muy particularmente el capítulo de la esgrima: este ejercicio, más que ningún otro, hace al hombre ligero y desembarazado. La tesura del puño haría parecer mal á cualquiera hombre. Otra cosa á que debe atenderse es á tu entrada en un salón y á la manera de presentarte en una concurrencia; las primeras impresiones dependen de esto, y son por lo regular las más durables. Te encargo pues, que digas al profesor Marcel, que te haga entrar y salir repetidas veces como si hubiese en la sala de baile diferentes personas, ministros, mujeres etc. (c). Los

(a) Alguno dijo:

Dum fueris Romæ romano vivito more
Dum fueris alibi vivito sicut ibi.

(b) El más celebre bailarín de aquellos tiempos. Una vez dijo lleno de entusiasmo falso ó verdadero: *que de choses dans un menuet!* En otra circunstancia dijo á uno de sus discípulos ingleses: *Monsieur, on saute dans les autres pays, on ne danse qu'à Paris.*

(c) La insistencia con que el autor recomienda el baile á su hijo, ha sido condenada por los censores de estas cartas; pero se han desentendido del principal fundamento de aquellas recomendaciones. Doña Josefa

que se presentan bien tienen cierto aire de dignidad, sin apariencias de orgullo, que gana los corazones é inspira respeto.

No repetiría yo tan á menudo ni entraría en tan largos detalles de estas pequeneeces, con hombre menos provisto que tú de conocimientos sólidos y útiles. Las gentes frívolas atienden á estas materias *de preferencia*, porque ignoran todo lo demás. Mi temor respecto de ti es, que sabiendo cosas mejores veas éstas con mucho desprecio, y las consideres mucho menos importantes de lo que son en realidad, principalmente para ti.

En el trato con las mujeres, y aun con los hombres, las maneras suaves son sumamente atractivas; esto es lo que constituye aquel carácter amable de que los franceses hablan tanto y estiman muy justamente. Más fácil es sentir que describir esta suavidad: es un compuesto de diversos ingredientes, complacencia, modales flexibles sin servilismo, dulzura en la fisonomía, en las gesticulaciones y en la expresión, sea que pienses ó no del mismo modo que la persona con quien conversares. Observa con cuidado á los que se hallaren dotados de todas estas cosas que te encantan, y encantan á los demás, y tu propio buen sentido te hará descubrir muy pronto los ingredientes de que se componen. Debes atender particularmente á esta suavidad siempre que te vieres obligado á rehusar lo que se te pide, ó á decir cosas que no pueden ser gratas á las personas con quienes hablas. En estos casos es cuando se necesita *dorar la píldora*. La amabilidad consiste en mil pequeneeces reunidas; es el *suaviter in modo* que tantas veces te he recomendado. El *respectable* M. Harte me asegura que no te falta este don, y así lo creo. Estudia pues y adquiere con perfección estas maneras amables y poseerás cuanto necesitas.

El abate Guasco es también uno de tus panegiristas. Me escribe que te llevó á comer á casa del marqués de Saint-Germain, en

Amar y Borbón, cuya autoridad en materia de educación y de moral no es nada sospechosa dice: « El baile ha llegado á ser una parte tan preciosa de buena crianza, que son pocos los que no procuran aprenderlo. » No se puede negar que tiene su especial mérito en cuanto sirve para agilitar el cuerpo y dar más gracia á sus movimientos. Por esto lo recomienda Quintiliano: *ut recta sint brachia, ne indoctæ rusticæque manus, ne status indecorus, ne qua in proferendis pedibus inscistia, ne caput oculique ab alia corporis inclinatione desideant*; es decir, para que el manejo de brazos sea airoso, no rústico ni grosero; para que en todas las posturas se guarde el decoro y dignidad correspondiente, que no se pise torcido y que la actitud de la cabeza acompañe á los movimientos del cuerpo. »

Tr.

donde serás muy bien recibido siempre que gustares, mientras más á menudo mejor. Aprovecha de todo esto bajo el principio de viajar por diferentes países sin cambiar de lugar. Dice que te llevará al parlamento cuando se juzgare alguna causa interesante. Muy bueno me parece esto: visita todas las cámaras viendo y oyendo lo que pasa en ellas; une la práctica y la observación á los conocimientos teóricos que ya posees de sus derechos y privilegios. Ningún inglés tiene la menor idea de ellos.

No es necesario recomendarte que profundices la constitución política de los Estados de Europa, porque M. Harte dice que tu alma tiende particularmente á esta clase de instrucción, y que posees muchos conocimientos sobre la materia.

Lord Huntingdon me escribe que te ha visto y que has renovado tu amistad con él. Dime francamente lo que piensas de este sujeto y de su amigo Lord Stormont; como también de los otros ingleses de distinción que encontrases. Te prometo un secreto inviolable. Es menester que nos escribamos ahora como amigos, sin la menor reserva; mis cartas contendrán en lo sucesivo mil cosas que excepto tú sentiría yo mucho fuesen sabidas ó conocidas de alma viviente. Con facilidad distinguirás los pasajes que no debes enseñar ni repetir, y yo haré lo mismo respecto de los tuyos.

Pasando á otro asunto, porque siento placer al conversar contigo, ¿ qué progresos has hecho en la lengua italiana? ¿ entiendes el Ariosto, Tasso, Bocaccio y Maquiavelo? Si así es, sabes lo bastante y puedes aprender el resto leyendo en tus horas desocupadas. Pocos ó ningunos negocios se discuten en italiano, á no ser en Italia; y si entiendes bien esta lengua para leer las cartas que puedan dirigirse, ó para hablarla regularmente con los pocos italianos que no saben el francés, no te tomes mucho trabajo por este lado, hasta que tengas más tiempo para ello. No sucede así respecto del alemán, porque el hablarlo y escribirlo bien te distinguirá en Inglaterra sobre todo el mundo, y es además de suma utilidad para cualquiera empleado en el Imperio como probablemente lo serás tú. Por lo tanto, te encargo que cultives asiduamente este idioma escribiendo todos los días cuatro ó cinco renglones, y hablándolo con todos los individuos de esta nación que pudieres encontrar.

Ya tienes entrada en varias de las mejores casas de París, y te aconsejo que las frecuentes con confianza, para lo cual sólo se requiere cierto trato y familiaridad decentes. No quiero decir por esto que te introduzcas *sin ser consecuente*, sino que hagas hasta cierto punto los cumplimientos de la casa y de la mesa, llamándote

á ti mismo, en tono de chanza, *el galopin de aquí* y diciendo al dueño ó dueña de la casa: *esto me toca á mi; yo me encargo de ello y deben Vds. confesar que lo desempeño á las mil maravillas*. Esta especie de *broma* tiene cierta afabilidad atractiva que engendra aquella familiaridad decente, tan agradable como útil en las casas de personas distinguidas. Las visitas de pura etiqueta, las comidas, las cenas y los convites ceremoniosos, no es lo que necesitas, porque nada agregan á tu instrucción, ni multiplican tus conexiones; á la vez que entrar y salir sin embarazo y á toda hora de una casa, alimenta el agradable y útil comercio de la vida. Á Dios.

LONDRES, 28 de Enero de 1751.

MI QUERIDO AMIGO.

El otro día me presentaron una libranza de noventa libras esterlinas que se decía habías girado contra mí. Al principio resistí pagarla, no en razón de la suma, sino porque no me habías mandado carta de aviso como es costumbre en estas transacciones, y lo que es más, porque no veía yo que la hubieses firmado. El sujeto que me la presentó me suplicó que volviese á mirarla, asegurándome que al pie descubriría tu nombre. La examiné de nuevo, y con ayuda de mi lente de aumento, noté que lo que había yo tomado por caracteres de otro, era efectivamente tu nombre, escrito con las letras más pequeñas é imperfectas que en mi vida he visto. En vano ensayaría yo escribir tan mal; era una especie de garrapato parecido á éste.... (a). Sin embargo, pagué á todo riesgo, aunque más bien habría querido perder el dinero que reconocer por tuya tal firma. Los caballeros y los hombres de negocios escriben su nombre invariablemente, bajo el mismo modelo, á fin de hacer su firma con caracteres mayores que el resto; tú al contrario, firmas con letras muy pequeñas, peores que las de tu escritura ordinaria. Esto me ha hecho pensar en los mil accidentes á que te expones escribiendo mal. Por ejemplo: si escribieses de esta manera á un Secretario de Estado, inmediatamente enviaría tu carta á un descifrador, sospechando que hubiese en ella secretos importantes que la prudencia aconsejó no fiar á los caracteres comunes. Si escribieses así á un anticuario, que su-

(a) El autor imita en el original la firma de su hijo.

piese que eres hombre erudito, trataría de descifrar tu carta por medio de un alfabeto rúnico, céltico ó esclavón, sin sospechar jamás que fuese escritura moderna. Y si enviases un *poulet* (a) con estos caracteres á una bella dama, creería realmente que viene del *pollero*, de donde tiene su origen el nombre de pollos que se da á esta clase de escritos, porque Enrique IV, rey de Francia, acostumbraba enviar esquelas amorosas á sus queridas con el pollero, bajo pretexto de enviarles pollos. Te he dicho á menudo que todo el que no es manco ni ciego, puede escribir con la forma de letra que guste. Una prueba de que esto depende de ti es, que escribes muy bien el griego y el alemán sin que ningún maestro te lo haya enseñado; á la vez que tu escritura ordinaria que aprendiste de un profesor, es pésima é intolerable, tanto para los negocios públicos como para el uso común. No exijo que seas un perfecto pendolista, pero sí que escribas como debe hacerlo un hombre de negocios, clara y velozmente, y esto sólo depende de la práctica. Te aconsejo pues, que busques en París un buen maestro de escribir, y que te apliques por un mes únicamente, porque te aseguro que el escribir bien es más importante de lo que piensas. Tal vez dirás que cuando escribes mal es porque estás de prisa, mas yo te preguntaré, ¿por qué estás siempre de prisa? Un hombre de juicio puede estar urgido, pero jamás hace las cosas precipitadamente, porque sabe que nada puede hacerse bien con precipitación. Puede tener premura en el despacho de un negocio, pero cuidará de que esto no le impida desempeñarlo bien. Los espíritus pequeños pierden el tino cuando el objeto, como sucede comunmente, es superior á sus fuerzas: corren, se aturden, se espantan, quieren hacer todo á la vez, y nunca hacen nada debidamente. Un hombre de talento toma el tiempo necesario para hacer lo que trae entre manos, y la urgencia en que se halla sólo aparece por su incesante aplicación, prosigue su objeto con calma y firmeza y lo termina antes de comenzar otro. Convento en que tu tiempo está bien repartido, y que tienes muchas cosas de qué ocuparte; pero recuerda que más vale hacer la mitad y dejar por hacer el resto, que ejecutar todo muy mal. Además, los pocos minutos que ahorras escribiendo precipitadamente, no rescatarán el ridículo de garabatear como la más triste maruja. Si á mí me ocurren tantas cosas para ridiculizar tu mala letra, figú-

(a) *Poulet* significa pollo en francés, y se da igual nombre á los billetes amatorios por la razón que asienta el autor.

rate cuál no sería el caso con los otros que no tienen por ti la parcialidad paternal. Hubo un papa, creo el papa Chigi, justamente ridiculizado por su atención á las cosas pequeñas y su incapacidad en las grandes, y de aquí provino que se le llamase *maximus in minimis, et minimus in maximis*. ¿Por qué? únicamente porque dedicaba toda su atención á bagatelas cuando tenía grandes cosas que desempeñar. En este período de tu vida, y en la ciudad que habitas, sólo tienes que aprender cosas de poca importancia, pero debes acostumbrarte á ellas, á fin de que no reclamen los esfuerzos de tu atención cuando tengas, como lo espero, grandes negocios en la cabeza. Hábituate á formar bien las letras para que el día que te fuere necesario escribir á reyes y ministros, sólo tengas que ocuparte del asunto (a).

Como pienso eternamente en todo lo que te concierne, me ha ocurrido una cosa de que creo deber hablarte, á fin de evitar los embarazos que podría sembrar en tu camino, y es, que como diariamente formas nuevas relaciones en París, es imposible que visites tus antiguos conocimientos con la misma frecuencia que cuando no tenías otros. Por ejemplo: supongo que á los principios siempre te hallabas con madamas de Monconseil, Hervey y Bocage, y ahora que te ves introducido en otras casas, no puedes visitarlas tan seguido como antes; pero ten cuidado de no darles el menor motivo para que piensen que las abandonas por otros conocimientos de mayor viso y representación, porque esto sería una imprudencia y una ingratitud que jamás te perdonarían. Visítalas con la misma frecuencia sin permanecer con ellas tanto tiempo como antes. Diles que sientes mucho dejarlas tan pronto, pero que tienes tales y cuales compromisos que la urbanidad no te permite desatender, é insinúa que más bien querrias estar con ellas. En una palabra, trata de procurarte tantos amigos y tan pocos enemigos como fuere posible. No quiero dar á entender amigos íntimos ni confi-

(a) La escritura dice Burgos :

Es el arte ingenioso
De pintar las palabras de tal modo
Que á nuestros propios ojos sea sensible;
Y el que hace que el variado rasgo hermoso,
Con distintas figuras, forme un todo
Tan claro y perceptible,
Que dé color, y vida, y movimiento
Aun del ausente, ó muerto al pensamiento.

Tr.

dentés: son tan raros que nadie puede contar arriba de media docena en toda su vida; me refiero á los amigos en el sentido común, es decir, personas que hablen bien de ti; que se inclinen á servirme más que á perjudicarte, mientras que esto va de acuerdo con su interés y no más. Sobre todo, te recomiendo una y mil veces las *gracias*, con las cuales harás en cierto modo cuanto te parezca y serás siempre bien visto; sin ellas, tu más preciosas cualidades perderán la mitad de su valor. Á Dios, mi amado hijo.

LONDRES, 4 de Febrero de 1751.

MI QUERIDO AMIGO.

Las noticias que de ti recibo de París son cada día más satisfactorias. Lord Albermarle ha escrito una especie de panegírico tuyo que muchas personas han visto aquí, y que será un prelude muy ventajoso de tu reputación. En todo lugar, y para todo el mundo, es un punto importante elevarse sobre la esfera del común de las gentes; pero sería de infinita más consecuencia para ti si lograses establecer tu crédito en Inglaterra antes de regresar. Adelantarás la mitad del camino, porque estoy seguro de que no darás motivo para destruir tan favorables presentimientos. También estoy persuadido de que los elogios no te inspirarán presunción, y que por otra parte no te sentirás mortificado de que se piense que te faltan aún algunas prendas pequeñas; sino que al contrario, será un estímulo para que las adquieras. Voy á hacer un extracto fiel de la carta que he recibido últimamente de un amigo juicioso é imparcial.

« Me atrevo á asegurar á Vd. que M. Stanhope será hombre de » mérito. Tiene un caudal de instrucción y una rara memoria, y » no ostenta uno ni otro. Desea agradar y es seguro que lo con- » seguirá; su fisonomía es expresiva, su cuerpo bien formado aun- » que de mediano tamaño; sus modales no son rudos ni torpes bien » que aún no ha adquirido todas las gracias requeridas, pero Mar- » cel y el trato de gentes se las procurarán muy pronto. Finalmente, » sólo le falta lo que no debe echarse menos en su edad, quiero » decir, el hábito y cierta delicadeza de maneras que únicamente » se adquieren con el tiempo y la buena compañía. Con su talento » pronto las aprenderá, visto que sólo frecuenta las sociedades » que mejor pueden procurárselas. »

Por este extracto, que te garantizo fiel, tenemos tú y yo la satisfacción de ver que posees mucho y que te falta poco. Lo que ya sabes debe darte, si es posible, más modestia exterior, pero al mismo tiempo más firmeza y más seguridad de alma; y lo que te falta, que es, como ves, tan fácil de conseguir, debe estimular tu atención y multiplicar tus esfuerzos. Sólo á esto tienes que dedicarte y es tarea agradable, puesto que tu estudio es en medio de la sociedad y de los placeres. Las tertulias, los bailes, las cenas, los teatros son por ahora las únicas escuelas y universidades en que debes estudiar, con el fin de adoptar y familiarizarte con los usos, las costumbres y las mil delicadas pequeneces del mundo elegante.

Te envié con el correo Pollock, criado mío antiguo, dos paquetes de libros, y te mandaré otros con M. Yorke; pero te advierto que como no te queda mucho tiempo para leer, debes elegir las materias más necesarias, como lo son incontestablemente la historia moderna, la geografía, la cronología y los intereses políticos de los príncipes; la actual constitución, máximas, fuerza, riqueza, tráfico, comercio, caracteres, partidos é intrigas de las cortes de Europa. Muchos que pasan por aprovechados en los colegios y que conocen bastante bien los gobiernos de Atenas y de Roma, no tienen la menor idea de los Estados actuales de Europa, y ni aun de su propio país. Lee de griego y latín lo puramente necesario para la inteligencia de los autores clásicos, que te servirán de ornato en la juventud y de recurso y consuelo en la vejez; mas los conocimientos verdaderamente útiles para tí, son los que acabo de mencionar, por lo muy honrosos que te serán en el manejo de los negocios interiores y exteriores; por lo tanto, á ellos debes dirigir principalmente la atención, y se me dice, con placer mío, que tu propio gusto te lleva por este camino. No hablaría yo tan libremente de lo que vales, si no estuviese seguro de que los encomios no han de producir en tí los malos efectos que en la gente necia. Pienso que eres superior á la vana fatuidad que aumenta el propio mérito para ofuscar el de los otros. Estoy convencido de que la conciencia del propio valor infunde al hombre sensato más modestia y más firmeza. El hombre que ostenta su saber es un fatuo, y el que no lo conoce un necio; un hombre de juicio lo conoce, lo ejerce, se aprovecha de él pero nunca lo ostenta vanamente; y siempre aparentará valer menos que más de lo que le dicta su propia opinión. El hombre que desconfía de sí mismo, que es tímido y vergonzoso,

no hará progresos en el mundo sean cuales fueren sus talentos; su desconfianza lo sumergirá en la inacción, y un rival activo, confiado y audaz, le cogerá siempre la delantera. Toda la diferencia está en el modo: lo que en uno se tendrá por impudencia bajo una forma, sólo será seguridad y manejo conveniente bajo otra. El hombre de talento que conoce el mundo, hará valer sus derechos é irá en busca de su objeto con la misma intrepidez que el hombre más impudente, y acaso con más, porque posee el arte de dar á todo lo que hace un aire de modestia que cautiva y gana los corazones, á la vez que la misma conducta choca y yerra el tiro de parte de un descarado que no duda de nada. Repito mi máxima: *suaviter in modo, sed fortiter in re*. Si quieres conocer los caracteres, las maneras y las costumbres de fines del último siglo, muy semejantes á los del actual, lee á La Bruyère; pero si quieres conocer al hombre, independiente de la moda, lee á La Rochefoucault, que, temo, la pinta con mucha exactitud.

Entrega la adjunta al abate Guasco, sujeto que te será muy útil acompañándote aquí y allá. Te diré al oído que tiene más instrucción que genio; *pero un hombre hábil saca partido de todo*, y no hay hombre que no sea bueno para alguna cosa. El presidente Montesquiéu es, en todos sentidos, el conocimiento más precioso. Tiene genio, extenso saber y mucho conocimiento del mundo. *Puisez dans cette source tant que vous pourrez.*

Á Dios, ¡que las gracias te sean propicias! porque sin ellas *ogni fatica è vana*; si no vienen voluntariamente, róbalas, violentálas y fuérzalas para que te acompañen en cuanto pienses, digas ó hagas (a).

(a) Febrero 7. El autor á la marquesa de Monconseil;

Queréis Señora, á toda fuerza, que en vuestro discípulo haya caudal de conocimientos; así lo quiero y aun lo creo; pero si este caudal no se mira adornado de los modales, la urbanidad, las atenciones y todas aquellas pequeñas gracias exteriores, que son tan amables y tan necesarias, llega á ser bastante inútil y casi no hará ningún servicio á su propietario. Uno se hace estimar y respetar por un caudal de mérito y de erudición; pero esto no basta: es menester agradar, y no se agrada sino por los encantos y las gracias. Esto es lo que yo le repito en todas mis cartas, y me parece que conoce la verdad de ello. Diariamente tiene ante sus ojos el mejor modelo, porque creo que casi no pasa día sin veros, y si al fin, con todo esto, no se forma, aun á pesar suyo, menester es que su desgracia sea muy grande. Os suplico Señora, me digáis naturalmente, si encontráis mejoría á este respecto desde que el muchacho se encuentra en París. ¿Le ha comunicado Marcel un aire mejor? ¿Co-